

Un viaje soñado

La suave brisa y el ambiente ligeramente húmedo provocado por la cercanía del mar, hicieron que por un momento fuese consciente de lo lejos que me encontraba de casa, donde las ardientes aceras de Madrid dejaban paso a los primeros días del otoño. Pero a pesar de la distancia y la incertidumbre, no estaba arrepentido. Una mezcla de valentía y diversas situaciones producidas a lo largo de aquel día provocaron que estuviese allí, compartiendo mesa y cena con un grupo de parejas, desconocidas hasta unas horas antes, que al igual que yo habían ido de vacaciones a Lanzarote por una semana.

La charla, aunque vacía de contenido estaba siendo agradable, amena y divertida. Aún recuerdo sus sonoras carcajadas y el entusiasmo que ponían al contar las anécdotas que habían pasado el día anterior en su visita al Teide. Lo pasábamos bien, pero pronto el gentío y las voces a nuestro alrededor iban inundando lentamente el local, como si de una niebla espesa se tratase me impedía escuchar nada desde el otro lado de la mesa, haciendo que a los pocos minutos el interés que pudiera tener en la conversación se fuese desvaneciendo y pasase a tomar conciencia de que el verdadero motivo por el cual no estaba cenando solo en el hotel se encontraba sentado ante mí.

Lo cierto es que la primera vez que la vi no fue en persona. Un monedero perdido semienterrado en la orilla, una fotografía en su interior y un nombre fueron suficientes para querer recorrer la playa y poder conocerla. Del deseo pasaron los hechos y tras mil agradecimientos sólo bastó la excusa de tener una provincia en común para que ella y sus amigos me invitasen a pasar la tarde con ellos.

Los minutos caían a plomo y la noche cerrada no hacía más que reflejar la realidad del momento, donde en un vacío ensordecedor, dos tímidas estrellas situadas frente a frente trataban de brillar juntas sin atreverse.

- Hola.
- Hola – dijo con tono de no entender, mientras levantaba la mirada del plato.
- Hace rato que no estás aquí.
- Sí. Tienes razón, perdona, mañana es domingo, último día de vacaciones y ya tengo la cabeza en la vuelta a la rutina – mintió. Pero fue suficiente para entablar una conversación seguida, llena de tópicos al principio que con el paso del tiempo iría tornándose más interesante al descubrir ciertos rasgos de su personalidad.

Casi sin darnos cuenta el local se había quedado vacío y no teniendo que insistir demasiado, convenció a sus compañeros sedientos de fiesta para que disfrutaran de aquel sábado sin ella, pues según dijo estaba muy cansada y prefería pasar el resto de la noche en el hotel. Ni que decir tiene que me ofrecí a acompañarla y después de una breve despedida de fuertes abrazos y la promesa de volver a vernos, el pequeño grupo marchó calle abajo mientras los dos juntos paseamos por la orilla con los pies descalzos, dejando tras nosotros un rastro efímero que el mar se encargaba de borrar a cada ir y venir.

- Luna llena.
- Noche de lobos – bromeé.
- Me encanta cuando está así. No sé, tiene algo de mágico que hace que pueda estar horas mirándola.

- Bueno, existen muchas leyendas que hablan de ella.
- ¿Conoces alguna? – preguntó sin dejar de contemplarla.
- Hubo una época, hace mucho tiempo. Donde los antiguos dioses vivían en un lugar pasto del aburrimiento, con la única distracción de provocar pequeñas perturbaciones entre los humanos, ignorantes de estos juegos, y observar con atención las consecuencias. Tal era el miedo a perder dicho entretenimiento que por todos era sabido la prohibición expresa de bajar a nuestro mundo, teniendo como castigo para aquel que la incumpliese, sentir la agonía de su mayor sufrimiento. Hecho que no había ocurrido nunca, hasta el día en que el dios Brandr se enamoró de la joven humana Dahlia.

En el mundo de los dioses el tiempo pasa mucho más despacio que aquí y durante años Brandr la observó, procurándola seguridad y felicidad a través del reflejo de una pequeña fuente de agua, llegando a sentir, sin saber cómo, su amor correspondido. Pero nada era suficiente y aun conociendo las normas, desobedeció. Aprovechando la oscuridad que le proporcionaba la noche, descendió para encontrarse con ella y poder, al fin, tenerla entre sus brazos.

Consiguieron vivir juntos durante un largo año sin ser descubiertos, escondidos y cambiando de lugar cada poco tiempo, pero todos sus esfuerzos fueron en vano. La ira y furia de los dioses al enterarse se transformaron en fuertes tormentas a lo largo de todo el globo y tras varios días deliberando, decidieron. Los poderes de Brandr le serían arrebatados, vería morir a Dahlia y estaría obligado a vivir por siempre en nuestro mundo hasta que su mente la olvidase por completo. Sin saber qué hacer, Brandr suplicó un día más antes de que se cumpliese la sentencia, a lo que los dioses aceptaron por compasión.

Y así, en los últimos instantes con su amada, Brandr utilizó su magia para sincronizar el movimiento de la Tierra con la Luna y dibujar en ella el rostro de Dahlia para poder verla cada noche, prefiriendo vivir eternamente con su recuerdo antes que morir por haberla olvidado.

- ¿Crees que Brandr sigue viviendo entre nosotros? – preguntó mientras inclinaba su cabeza para mirarme con ternura sus ojos color miel.
- Lo creo.

La orilla se extendía ante nosotros y en el lento compás de unos pasos que no buscaban su final nuestras manos se encontraron, provocando sin querer que media sonrisa se dibujara en su rostro y en el mío. Una imagen que continuó hasta la habitación 503 del hotel, donde sus palabras susurraban una triste despedida al tiempo que sus ojos y la puerta entreabierta que dejaba tras de sí, gritaban por unas horas más juntos.©

Sergio R.C.

28/02/2019